

CAMBIAR METÁFORAS EN LA PSICOLOGÍA SOCIAL DE LA ACCIÓN PÚBLICA: DE INTERVENIR A INVOLUCRARSE

CHANGING METAPHORS IN SOCIAL PSYCHOLOGY OF PUBLIC ACTION: FROM INTERVENTION
TO INVOLVEMENT

Antar Martínez Guzmán

Universidad de Colima; antar_martinez@uclm.mx

Historia editorial

Recibido: 15-11-2010
Aceptado: 04-12-2013

Palabras clave

Intervención psicosocial
Metáfora
Involucramiento
Psicología social aplicada

Resumen

El término *intervención* psicosocial se ha vuelto un lugar común en la psicología social y otras disciplinas afines que buscan poner en juego el conocimiento en proyectos sociales concretos. Su uso extendido y naturalizado ha contribuido a que la noción de intervención, como dispositivo discursivo para concebir y organizar la acción, escape casi por completo a la problematización y la revisión crítica. En este artículo examino la noción de intervención a través de los lentes de la metáfora y analizo sus implicaciones para la concepción y construcción de las prácticas a las que se refiere. Posteriormente, sugiero la noción de *involucramiento* como una metáfora que se aleja del sentido interventivo de la acción y abre espacio para pensar de distinta manera la acción social en tres aspectos: la posición del profesional/investigador ante el escenario social, la relación entre los actores, y la concepción del conocimiento y la acción en un proyecto de transformación social.

Abstract

The notion of psychosocial *intervention* has become a common place in social psychology and related disciplines seeking to put the knowledge into practice in concrete social projects. Its widespread and ordinary use has helped this notion, as a discursive device for conceiving and organizing action, to escape almost entirely from theoretical problematisation and critical reflection. In this paper I examine the notion of intervention through the lens of metaphor and analyze its implications for the conception and construction of the practices to which it refers. Afterward I suggest involvement as an alternative metaphor that moves away from the interventionist logic of action and helps us to think action in a different frame, which includes three aspects: the professional/researcher position in the social scenario, the relation between the actors, and conception of knowledge and action in a social transformation project.

Martínez Guzmán, Antar (2014). Cambiar metáforas en la psicología social de la acción pública: De intervenir a involucrarse. *Athenea Digital*, 14(1), 3-28. <http://dx.doi.org/10.5565/rev/athenead/v14n1.793>

Introducción

El término intervención (social o psicosocial) es moneda común en la Psicología Social y otras disciplinas aledañas preocupadas por la puesta en práctica del conocimiento en proyectos sociales concretos (e.g. psicologías de la salud y comunitaria, trabajo social). Sin duda, ha contribuido a generar un territorio de posibilidad para emprender proyectos de transformación social que han generado mejoras en las condiciones sociales para sectores y comunidades específicos (Dubost, 1987; Seidman, 1983). Igualmente, este concepto ha jugado un papel calve en la creciente profesionalización de las llama-

das *ciencias psi* (Rose, 1996/1999) y en la popularización de lenguajes y prácticas psicológicos en distintos ámbitos de la vida social.

Proferida por psicólogas y psicólogos sociales, la palabra intervención puede adquirir una enorme cantidad de significados: su uso es extendido, heterogéneo y muchas veces ambiguo. Puede referirse a proyectos dirigidos, por ejemplo, a elevar la conducta verbal de niños autistas, a la capacitación de recursos humanos en una empresa, al empoderamiento político de una comunidad marginada, a la reinserción laboral de personas con psicosis o a la modificación de hábitos alimenticios en un grupo escolar (Blanco y Rodríguez, 2007). La intervención puede llevarse a cabo en el marco de ésta o aquella metodología y fundamentarse en éste o aquél marco teórico. Más aún, su uso se extiende más allá de las fronteras de la Psicología Social y transita por disciplinas sociales cuyos intereses académicos y proyectos profesionales son diversos y a veces dispares.

Intervención se ha convertido, pues, en un lugar común, “una moneda que ha perdido su troquelado”¹, en una noción naturalmente asumida que ha quedado fuera casi por completo de la problematización y la reflexión crítica (Carballeda, 2002; Sánchez, 2002). Si bien es cierto que desde tradiciones participativas y comunitarias se ha llevado a cabo un trabajo de análisis y problematización en torno a los fundamentos teóricos, políticos y metodológicos en el campo de la intervención, cierto es también que el concepto mismo de intervención ha sido apenas cuestionado.

En este trabajo buscaré, por un lado, interrogar teóricamente el concepto de intervención y, por el otro, sugerir un concepto alternativo –involucramiento– que contribuya a repensar las prácticas de la Psicología Social en el ámbito de acción colectiva y pública. Este cuestionamiento se interesa por nutrir la tradición autoreflexiva con respecto a las tecnologías semiótico-materiales con que nos relacionamos con los escenarios sociales donde actuamos y con otros actores sociales. La discusión en torno a términos sedimentados y la exploración de nuevos léxicos se vuelven relevantes si partimos de la idea de que el lenguaje no sólo representa o designa la realidad, sino que contribuye activamente a su constitución (Ibáñez, 2003; Rorty, 1998).

Lo que está en juego cuando se adoptan o rechazan ciertos conceptos es algo más que el acuerdo técnico sobre la representatividad de los términos o la “corrección política” de los mismos en el orden de la diplomacia del lenguaje. Por el contrario, estos

¹ Evocando la expresión de Nietzsche, cuando dice: “¿Qué es entonces la verdad? Una hueste en movimiento de metáforas, metonimias, antropomorfismos, en resumidas cuentas, una suma de relaciones humanas que han sido realzadas, extrapoladas y adornadas poética y retóricamente y que, después de un prolongado uso, un pueblo considera firmes, canónicas y vinculantes; las verdades son ilusiones de las que se ha olvidado que lo son; metáforas que se han vuelto gastadas y sin fuerza sensible, monedas que han perdido su troquelado y no son ahora ya consideradas como monedas, sino como metal” (Nietzsche, 1990, p. 25).

arreglos tiene que ver con la manera en concebimos y, por tanto, constituimos nuestras prácticas disciplinarias, con el establecimiento de cierto tipo de relaciones, la asunción de unas funciones u otras, y la concepción del Otro y de uno mismo en el marco de la acción colectiva.

En lo que resta del texto, propongo problematizar la noción de intervención a través del lente de la metáfora y analizo sus implicaciones para la concepción/construcción de las prácticas a las que se refiere. Posteriormente, propongo *involucramiento* como una metáfora que sugiere distintas lógicas de acción y moviliza presupuestos teóricos y metodológicos que se alejan del determinismo y la univocidad presentes en la idea de intervención. Estas reflexiones² responden al desafío de imaginar nuevos léxicos y narrativas que contribuyan a la promoción de distintas prácticas profesionales en la psicología social.

La intervención como problema

La intervención es usualmente pensada como una estrategia o un programa para la solución de problemas sociales. Aquí sugiero el planteamiento contrario: aproximarse a la intervención como problema. Un problema en el ámbito de la investigación psicosocial, un problema relativo al despliegue de discursos y prácticas profesionales, un problema en torno a la constitución de herramientas teóricas y metodológicas con que operamos en los escenarios sociales y, finalmente, un problema relativo a las estrategias de gobierno y control disciplinario (Carballeda, 2002; Montenegro, 2001).

Marisela Montenegro define la intervención como "un conjunto de prácticas que buscan incidir en un estado de cosas para transformarlo a partir de la demanda hecha desde algún ente social que expresa un descontento con el estado actual de cosas" (2001, p. 66). Para Amalio Blanco y Sergi Valera (2008) intervenir se refiere a "una actividad presidida por la solución de un problema práctico que abordamos con la inexcusable e imprescindible ayuda de una determinada estructura conceptual" (p. 27). Por su parte, Ezequiel Ander-Egg (2006) hace notar que también puede concebirse como una "tecnología social", entendida ésta como "el uso y la aplicación sistemática del conocimiento científico (u otro conocimiento organizado) y su articulación con técnicas y procedimientos prácticos, con el fin de lograr, de la manera más eficiente posible, resultados específicos y alcanzar objetivos preestablecidos" (p. 25).

² Estas reflexiones deben su condición de posibilidad, y están animadas, en buena medida, por la participación en un proyecto de investigación-acción con un colectivo de activistas transgénero en la ciudad de Barcelona (Martínez-Guzmán y Montenegro, 2010; Johnson & Martínez-Guzmán, 2013).

Empero sus diversas definiciones, la intervención es considerada como una tarea cardinal de lo que suele llamarse "psicología social aplicada", en tanto busca poner a funcionar, en contextos específicos, una serie de herramientas teóricas y metodológicas en la persecución de un fin práctico. De esta manera, y casi por descontado, la intervención se considera perteneciente al ámbito de lo práctico, donde las teorías se ponen en juego o se "aplican", no donde se generan. Y esta consideración a menudo disimula la profunda dimensión teórica y política sobre la que se erige el campo de la intervención, y la manera en que ésta contribuye a producir y reproducir ciertas formas de conocimiento y ciertas concepciones de la acción social.

Aún con ello, las prácticas de intervención sicosocial han sido ubicadas, por momentos, en el terreno de problematización. Se le han planteado preguntas que atañen a las presuposiciones teóricas fundacionales sobre las que sus prácticas cobran sentido y a las relaciones de poder que éstas fundaciones amparan. Uno de estos cuestionamientos se refiere a la producción y reproducción de la distinción categórica entre *interventor* e *intervenido* (Montenegro, 2001; Spink, 2005). La intervención social implica una serie de concepciones y prácticas que contribuyen activamente a constituir estas dos posiciones y a otorgarle a cada cual un determinado lugar en el proceso de acción colectiva, donde se privilegian el papel de las y los intelectuales en el proceso de transformación social, al situarles como elemento principal del cambio.

También se ha advertido el riesgo de encontrar, en el discurso de la "participación", una nueva forma de manipulación, así como un dispositivo para legitimar decisiones que se generan en los centros de poder (Cook y Kothari, 2001; Escobar, 1992; Parker, 2005). Otro problema planteado al ámbito de la intervención es la distinción asimétrica entre conocimiento popular y conocimiento científico, y el sistemático privilegio epistemológico otorgado a este último como la guía legítima y efectiva para la acción:

La posibilidad de la intervención social vista como los discursos y prácticas por entes definidos como técnicos, profesionales o voluntarios, se basa en que exista un contexto en el que ciertas personas estén legitimadas para influir en los problemas sociales y en las situaciones vividas por otras personas y grupos sociales. Estas personas y equipos están dotados de un conocimiento y prácticas específicas definidas, en estos contextos, como necesarias para llevar adelante las prácticas de intervención social. Poseen conocimientos especializados, credenciales otorgadas por las instituciones competentes, están pagadas/os y apoyadas/os por ciertas organizaciones e instituciones, y están imbuidas/os en un contexto social amplio donde se define como importante y necesario que ciertas personas, instituciones y equipos trabajen para el mejo-

ramiento de las condiciones de vida de otras personas (Montenegro, 2001, p. 67).

En términos generales, las líneas de problematización en torno la intervención que se han expuesto se centran en la constitución de cierto tipo de sujetos y en el marcateje de sus relaciones, en la manera en que se definen sus problemas y, finalmente, en el estatus y la función del conocimiento científico.

A diferencia de estas aproximaciones, este trabajo busca arribar al problema por la vía del lenguaje como generador y regulador y de prácticas y relaciones. El punto de partida es, entonces, que una ruta fértil para cuestionar y transformar las prácticas de la Psicología Social en el ámbito de la acción colectiva pasa por analizar y reinventar los discursos que las constituyen. Sugiero que los aspectos problematizados de la intervención están, al menos en parte, arraigados en el propio concepto de *intervención* o, en otras palabras, están contenidos en la metáfora de la intervención. Así, adoptamos la metáfora como una herramienta para interrogar el concepto de intervención y para discutir sus implicaciones.

La metáfora como vía de interrogación

La metáfora puede definirse como una figura lingüística en donde una cosa es comparada con otra implicando que una cosa *es* la otra (Kövecses, 2002), como en el caso de "la laguna es una ventana a la tierra" en el poema de Tomas Tranströmer (2010, p. 66). La metáfora establece cierta semejanza entre una experiencia, acción u objeto, por un lado, y una palabra, frase o concepto ampliamente conocidos, por el otro. A menudo, su función consiste en comunicar lo desconocido mediante su transposición en términos de lo conocido (como en el caso de "vía láctea" o "cabeza de alfiler"). A través del tejido de estas asociaciones, las metáforas configuran vínculos particulares con el mundo, organizan la experiencia y funcionan como herramientas de comprensión. En palabras de George Lakoff y Mark Johnson: "La metáfora impregna la vida cotidiana, no sólo el lenguaje, sino también el pensamiento y la acción. Nuestro sistema conceptual ordinario, en términos del cual pensamos y actuamos, es fundamentalmente de naturaleza metafórica" (1986/2007, p. 39)

Interrogar el concepto de intervención a través de la metáfora para examinar sus implicaciones y explorar alternativas es, ciertamente, una posible aproximación entre otras tantas. El valor de la metáfora para indagar en los léxicos sedimentados de las disciplinas sociales reside en que ésta es una herramienta eficaz para develar asociaciones insospechadas y, de esta manera, es útil para indagar en el terreno de las preconcepciones y los conceptos naturalizados; permite sacar a la luz entramados tácitos

y secuencias de pensamiento y acción que tomamos como inevitables (Tietze, Cohen y Musson, 2003), al tiempo que abre una brecha para la exploración de nuevas figuras y comprensiones. Además, sabemos que la metáfora juega un papel central en la construcción del imaginario cotidiano y también científico (Lizcano, 2006; Maasen y Weingart, 2000). La ciencia, como apunta Ken Baake (2003), nunca ha estado afuera de la metáfora y de figuras similares de pensamiento y habla.

La metáfora y la acción mantienen íntimos parentescos. Cuando alguien construye una metáfora está literalmente haciendo algo, a saber, articulando en un particular arreglo dos objetos del pensamiento o del discurso que estaban previamente desvinculados. Pero además, los conceptos metafóricos sirven como planos y cartografías sobre los que se llevará a cabo la conducta. Lakoff y Johnson (1986/2007) sugieren que las metáforas funcionan como guías para la acción. Las acciones guiadas por una metáfora tendrán a ajustarse a la metáfora y, de esta manera, se reforzará su capacidad dar coherencia a la experiencia. En este sentido, dicen los autores, "las metáforas pueden ser profecías que se cumplen" (p. 198).

Esta potencia para organizar la acción se depende de cualidad asociativa de la metáfora. Los conceptos metafóricos son asociaciones sistemáticas entre dos dominios: uno conocido, estructurado o manipulable (origen) y otro desconocido, no tan estructurado o no manipulable (destino). En esta relación, el proyecta al *destino* sus elementos constitutivos y lógicas internas, imponiendo determinadas condiciones a la estructura del dominio destino y fijando las correspondencias entre los dos dominios.

Por ejemplo, expresiones como "esas afirmaciones son *indefendibles*", "atacar los *puntos débiles* del argumento" o "las críticas *dieron justo en el blanco*" se derivan de la metáfora *una discusión es una guerra*. En esta metáfora el dominio de *origen* es "guerra" mientras el dominio *meta* es "discusión", puesto que el primero le concede sentido y estructura al segundo, que hasta entonces permanece más indeterminado. De esta manera, se emplea el campo semántico y la lógica de "guerra" para explicar y organizar la idea de "discusión". Esta metáfora estructura las acciones que ejecutamos al discutir: no sólo *hablaremos* de las discusiones en términos bélicos, sino que consideraremos al otro como un oponente, consideraremos que hemos ganado o perdido discusiones, defenderemos posiciones y planearemos estrategias (Lakoff y Johnson, 1986/2007).

La metáfora funciona entonces estableciendo un *isomorfismo* entre dos órdenes paralelos de experiencia, entendiendo éste como el "reconocimiento de un conjunto de relaciones comunes en el seno de entidades diferentes" (Millán y Narotsky, 1986/2007, pp. 16-17). Al hacerlo, la metáfora actúa enfatizando o resaltando ciertos aspectos de la experiencia mientras que oscurece otros (Tietze et al., 2003): su funcionamiento impli-

ca destacar determinados componentes o propiedades a costa de la supresión o exclusión de otras propiedades posibles que derivarían en un significado diferente (Kövecses, 2002; Lakoff y Johnson, 1986/2007). Por ejemplo, en *una discusión es una guerra*, se dejan de lado los aspectos cooperativos y mutuamente enriquecedores de la discusión. Ante esta evidencia, Lakoff y Johnson (1986/2007) se preguntan cómo sería una cultura donde las discusiones no se vieran como una *guerra* sino como una *danza*.

Si las metáforas son dispositivos para producir conocimiento y vehiculizar la acción, entonces su análisis es una buena oportunidad para dar cuenta de lo que, siguiendo a Cornelius Castoriadis (1983), podríamos llamar la dimensión *instituida* del concepto metafórico *intervención*. Pero, además, esta aproximación nos permite atender igualmente la dimensión *instituyente* de la metáfora, su posibilidad de innovación y generación de nuevas figuras y significados; es ésta dimensión, precisamente, de la que emergen la creatividad y el cambio social (Lizcano, 2006).

La generación de metáforas inusitadas nos permite establecer conexiones y asociaciones alternativas entre significados hasta entonces desvinculados; relaciones que nos pueden ofrecer perspectivas distintas y renovadas, que nos conducirán a "delinear nuevos objetos, desarrollar nuevos métodos" (Preta, 1993, p. 20). En esta línea, el presente trabajo busca contribuir a la redefinición de la maquinaria conceptual con que la Psicología Social se vincula con otros escenarios y actores sociales. La metáfora se vuelve una forma de preguntar y reinventar, un instrumento de interrogación y producción de conocimiento, un medio para aprehender lo social y para desarrollar un "entendimiento alegórico" —más próximo a la experiencia localizada, corporal y afectiva—, que abre vías para producir figuras retóricas que hablen de las cosas sin agotarlas (Maffesoli, 1997).

La intervención como metáfora

La intervención es una operación quirúrgica

En mitad de la habitación aséptica está dispuesto un camastro. Sobre el camastro está tendido un cuerpo casi inerte. Las lámparas apuntan sus ojos luminiscentes hacia el cuerpo y mantienen el área bien iluminada. Es una luz intensamente blanca y compuesta, controlada con una precisión que no dejará resquicio a las sombras. Alrededor del camastro se aglomeran utensilios multiformes: pantallas, pinzas, cánulas, máquinas suministradoras de oxígeno, vendas, agujas finísimas. El aire está impregnado de alcohol. El médico (*él*, no *ella*) se ajusta los guantes de látex para evitar cualquier contacto contaminante. Repasa en su cabeza los procedimientos que llevará a cabo, calcula los

riesgos, prevé los cursos alternativos en caso de que algo se descomponga inesperadamente. La enfermera (*ella*, no *él*), de espaldas, prepara el instrumental sobre un pretil de azulejos blancos. El cirujano toma el bisturí y se dispone a ejecutar la cisura.

Esta incisión inaugura un acto de intervención, y esta escena evoca una práctica prototípica de lo que solemos llamar *intervención*: la intervención quirúrgica. Lo que define este acto es la acción de las manos del cirujano, solas o manejando diversos instrumentos, invadiendo el espacio anatómico del paciente, rasgando el tejido para intervenir con una intencionalidad fundamentalmente terapéutica.

Es posible rastrear resonancias de la noción de intervención quirúrgica —una cierta lógica de acción o un sentido de la práctica— en la idea de *intervención psicosocial*. Hay un "parentesco metafórico" entre las intervenciones quirúrgica y psicosocial. Su elemento común —intervención— las asocia de una manera que hace posible cierta estructura y sentido de la intervención quirúrgica en la intervención psicosocial. Este parentesco es evidente cuando, al definir intervención (2001), la primera connotación a la que se recurre es a la de "operación quirúrgica".

Se ha dicho antes que la metáfora asocia elementos disímiles. Como apunta Pablo Fernández Christlieb (2001), el establecimiento de esta semejanza entre experiencias heterogéneas no indica la semejanza entre realidades, sino entre los modelos con que se piensa la realidad. En este sentido, la intervención psicosocial puede ser entendida como una metáfora, primero, porque asocia determinadas *prácticas de acción colectiva* (un campo de ejercicio profesional) a la idea de *intervención* como tal. Por un lado hay una serie de prácticas y proyectos en el marco de la Psicología Social y por el otro un esquema de acción englobado en el concepto de *intervenir*.

Esta metáfora establece que *aquello que se hace* (procedimientos, aplicación de conocimientos y protocolos, negociaciones) *es una intervención*. Dichas prácticas no se nombran, por ejemplo, como *cooperación*, *ayuda* o sencillamente *acción*, sino que se nombran como *intervención*. Y ésta nominación determina ya cierta intersección, cierto anclaje de un conjunto de experiencias en una noción de distinto orden material y discursivo. Así, el uso del concepto de intervención supone una determinada 'formalización' del proceso de acción social (Sánchez, 2007), una *fijación* específica de un conjunto de prácticas.

Además, la noción de intervención psicosocial puede leerse en términos de la metáfora *la intervención social es una operación quirúrgica*, apelando a las lógicas de acción que estas prácticas comparten. ¿Cuál es el parentesco metafórico entre estos dos campos de experiencia? En primer lugar, ambas prácticas distinguen claramente dos actores: el cirujano o interventor y el paciente o beneficiario. Además, intervenir qui-

rúrgica y socialmente es un proceso controlado racionalmente por el interventor y requiere la posesión de un saber experto que legitima dicho control. Asimismo, para intervenir es necesaria la identificación de un problema, anormalidad o desviación que requieren o demandan ser intervenidos. El cuerpo intervenido es un cuerpo pasivo, está claramente delimitado, se puede medir, evaluar y controlar a través del instrumental técnico adecuado, y se espera que presente una palpable mejora tras la intervención.

Este isomorfismo se evidencia en el léxico que puebla la literatura sobre intervención social. Suele decirse que debe realizarse un *diagnóstico social*, que hay que *evaluar* el *resultado* de los programas, realizar un *análisis* de las circunstancias y los recursos, establecer un diseño de *tratamiento* y dar un *seguimiento* adecuado. En los manuales universitarios y en los compendios sobre intervención social suelen aparecer frases como las siguientes:

Para trabajar sobre el problema o necesidad que precisa análisis e intervención, tenemos que definirlo en términos de conductas problema, establecer indicadores para evaluarlo y analizar la pertinencia de esos indicadores (...) Definir operativamente el problema es describirlo en términos de las variables relevantes que lo componen, que nos permitan su medida, manejo y/o su tratamiento (Rodríguez, Cañadas, García y Mira, 2007, p. 54).

Estas expresiones se avecinan al lenguaje médico y a los discursos que provienen de los ámbitos clínicos/terapéuticos. De hecho, Carballeda (2004) situará en el campo de la salud la emergencia de intervenciones que se irán extendiendo a toda la sociedad: es la medicina la que juega un papel fundamental en la generación de nuevas formas de disciplinamiento de los cuerpos y es ésta el punto de confluencia de diferentes trayectorias que permitirán entrelazar palabras y verdades construidas a través de discursos. La medicina se convierte, así, en un modelo prototípico para la aplicación de la ciencia en el ser humano. A la luz de la eficacia higienizada de la ciencia médica y de la intervención quirúrgica parece natural y conveniente instaurar una intervención psicosocial.

En esta metáfora próxima al ámbito médico las asociaciones no son azarosas ni casuales, sino que responden a una determinada manera de concebir la acción; nos dicen algo sobre cómo nos situamos ante el resto de actores sociales, qué sentido damos a las actividades que realizamos y qué lugar otorgamos al contexto social en que actuamos. A través de este lenguaje significamos y articulamos nuestra participación en un proceso de acción colectiva. Con su impronta quirúrgica, el concepto metafórico de intervención hereda el sentido de la extensa y poderosa metáfora médica. Sin embargo, resulta atractivo preguntarse: ¿si mudamos de metáfora para concebir nuestro pa-

pel en un proceso de acción colectiva, qué aspectos desaparecen y cuáles entran a escena? ¿Cómo se transforma el significado y la organización de la acción?

Intervenir es como cerrar una ventana

La secuencia de acción que la intervención psicosocial hereda (como miembro de la familia interventiva) pueden ilustrarse haciendo referencia a la base metafórica de la causación, propuesta por Lakoff y Johnson (1986/2007). Para estos autores, la estructura psicolingüística de la causación es una base sobre la que se asientan diferentes conceptos metafóricos, que a su vez definen acciones y, aquí sugerimos, particularmente la acción de intervenir.

La causación, uno de los conceptos más utilizados para estructurar y organizar metafóricamente realidades físicas y culturales, proviene de la experiencia cotidiana de la manipulación directa. Este concepto no es un "primitivo semántico inanalizable, sino una *gestalt* que consiste en propiedades que se dan de manera natural conjuntamente en nuestra experiencia diaria de manipulaciones directas" (Lakoff y Johnson, 1986/2007, p. 116). Esta experiencia consiste en acciones cotidianas como activar un interruptor, abotonarse la camisa o *cerrar una ventana*. Esta estructura causal es posteriormente trasladada a otros campos que no tienen necesariamente las mismas 'propiedades de experiencia', configurando así una vía de comprensión de dichas prácticas a través de la asociación metafórica. Así, el modelo de la causación servirá para estructurar la idea de intervención.

Es posible evidenciar esta relación trazando un paralelismo entre: a) las propiedades que caracterizan las manipulaciones directas prototípicas y b) la lógica de acción asumida comúnmente en el significado de *intervenir* en un escenario social. En la tabla 1 se exponen las propiedades de un caso paradigmático de causación buscando establecer un paralelismo con las asunciones sobre la acción que están presentes en la idea de intervención psicosocial.

El modelo metafórico de la causación, que se desprende de manipulaciones físicas como cerrar una ventana, evoca con soltura las prácticas que solemos llamar intervención psicosocial. Está orientado por una secuencia mecánica y un determinismo en una sola dirección: una causa conduce a un efecto en una trayectoria invariable y con resultados previsibles. Como en la intervención social, hay una implícita distinción entre interventor (agente) e intervenido (paciente); dichos componentes de la ecuación deben estar claramente diferenciados para fines de que la metáfora funcione. La agencia (energía, responsabilidad) y el conocimiento (plan) están localizados en el interventor, mientras que el intervenido tiene un rol pasivo, es un *paciente*. Este modelo de ac-

Características de un caso paradigmático de causación directa	Intervención social
El agente tiene como objetivo un cambio de estado en el paciente*	
El cambio de estado es físico	En este caso el cambio no necesariamente o solamente es físico
El agente tiene un plan para cumplir su objetivo*	
El plan exige que el agente use un programa motor	En este caso el programa no es sólo motor, sino técnico, social, disciplinar, clínico, etc.
El agente es primariamente responsable de llevar a cabo su plan*	
El agente es la fuente de energía (es decir, el agente dirige sus energías hacia el paciente), y el paciente es el objetivo de la energía (es decir, el cambio en el paciente se debe a una fuente de energía exterior)*	
El agente toca al paciente con su cuerpo o con un instrumento (es decir, se da una coincidencia espacio-temporal entre lo que hace el agente y el cambio en el paciente)	En este caso los contactos pueden ser de muchos tipos, y comúnmente son discursivos, emocionales, culturales; sociales en lo general
El agente lleva a cabo su plan con éxito*	
El cambio en el paciente es perceptible*	
El agente vigila el cambio en el paciente a través de la percepción sensorial	O a través de los reportes verbales o los indicadores de encuestas
Hay un único agente específico y un único paciente específico*	

*Se mantiene la misma proposición

Tabla 1. Paralelismo entre la causación directa y la intervención social.
Fuente: Adaptación de Lakoff y Johson (1986/2007).

ción es compatible con la siguiente definición: “Se puede definir la intervención social como la acción que se realiza sobre personas y grupos con la intención de producir una mejora” (Gutiérrez, Sorribas y Gil, 2005, p. 7)

La preposición *sobre* nos indica que esa acción que recae en un paciente; una acción que un agente realiza *sobre* alguien, y ciertamente no *con*, *para* o *a través de*. En estas circunstancias, la "intención de producir una mejora" (el programa) sólo puede ser localizada en quien emprende la acción (responsabilidad). En este sentido, el modelo paradigmático de causación encuentra afinidades con las formas en que suele caracterizarse la intervención psicosocial.

Esta analogía nos permite asomarnos al sentido —semiótico y pragmático— que es vehiculizado en la noción de intervención. Nos muestra que ésta opera con un guión de acción que requiere unos personajes específicos y una particular disposición de la escena y los movimientos. Un agente y un paciente, un plan y una energía que provienen del primero, un cambio en el segundo a partir del ejercicio agenciado del primero, una resolución premeditada.

Esta escena coloca al intervenido como un actor sin agencia, sujeto al mismo tipo de influencias que reciben los objetos físicos del mundo cotidiano (la ventana que es cerrada). Del latín *intervetio* —interponerse— el término se caracteriza con verbos y proposiciones como "examinar y censurar", "controlar o disponer", "dirigir" o "interponer su autoridad" (Intervención, 2001), sugiriendo una posición de exterioridad. En este sentido, la intervención es generada como una demanda a las comunidades o actores sociales diana para "entregarse a otro que tiene el poder que le confiere el saber, dentro del espacio artificial de la intervención" (Carballeda, 2002, p. 17).

Como se ha dicho antes, la metáfora, cuando actúa, muestra al mismo tiempo que esconde. Comprender y organizar ciertas prácticas de acción colectiva en términos de una *intervención* puede obstaculizar nuestra aproximación a otros aspectos de la acción inconsistentes con esta metáfora. Por ejemplo, la idea de una agencia interventora que actúa *sobre* un actor social diferenciado y en carencia, opaca los procesos de transformación que acaecen al propio interventor durante su implicación en la acción. También opaca los aspectos contingentes, inciertos e imprevistos, que escapan al control instrumental y que influyen decisivamente en la cualidad y el curso de la acción. Así, ensombrecen los aspectos cooperativos, la influencia mutua y la determinación recíproca, la agencia distribuida que constituye la acción colectiva y los espacios de indeterminación que se abren en ella.

Al estructurar un concepto, la metáfora abre campos de significado y permite asir ciertos aspectos de la experiencia, pero, al mismo tiempo, delimita el campo de lo pensable; recorta, acota, delinea lo que puede verse y pensarse de nuestras prácticas. Esto nos da una pauta para generar una mirada transformadora con respecto al tipo de metáforas con que constituimos las prácticas profesionales. Particularmente, en el ámbito de la acción colectiva y la transformación social, esta mirada nos plantea dar cabida a metáforas que no equivalgan a cerrar una ventana sino a abrir distintas posibilidades de organización y articulación.

La intervención es una metáfora zombi

Además de ser un concepto estructurado metafóricamente, la noción de *intervención* funciona como una metáfora "fósil" o "muerta" (Lakoff y Johnson, 1986/2007; Müller, 2008) en el sentido de que está tan convencionalmente fijada en el léxico de las disciplinas sociales que ha perdido su aureola alegórica para terminar por percibirse como una expresión literal y objetiva. Pareciera que el término *intervención* representa una relación preexistente y clara, o que hiciera referencia a un conjunto de experiencias que, ciertamente, no pudiesen ser nombradas de otra forma. Más que muerta, se puede decir que la intervención es, usando el término de Lizcano (2006), una metáfora *zombi*, pues si bien ha perdido su frescura alegórica sigue modelando activamente el concepto en uso. Al describir las metáforas zombis, Emmanuel Lizcano (2006) dice que "se trata de auténticos muertos vivientes, muertos que viven en nosotros y nos hacen ver por sus ojos, sentir con sus sensaciones, idear con sus ideas, imaginar con sus imágenes." (p. 65)

Solidificada en el lenguaje académico, no existe titubeo alguno a la hora de referirse a aquello que llamamos *intervención* psicosocial. Esta cosificación del término se evidencia en la literatura sobre el tema, que con frecuencia no se detiene a definir o caracterizar el concepto de intervención, sino que obvia el término y sus implicaciones. Como apunta Alipio Sánchez,

El tema de la intervención social (IS) es un lugar común del vocabulario psicológico y social actual; se trata de un término muy usado, pero apenas analizado. En efecto, la escasa literatura sobre el tema aparece dispersa entre varios campos teóricos y prácticos (Ciencia Política, Psicología Comunitaria, Trabajo Social, Psicología y Sociología de la Organizaciones, Psicología Social, Salud Pública, etc.), estando indiferenciadamente englobada en temas afines o limítrofes (...) Las definiciones de IS encontradas en la literatura son escasas y poco explícitas (2002, p. 180).

En los estudios de retórica, esta solidificación metafórica se conoce como *catacre-sis*: una figura que consiste en utilizar metafóricamente una palabra para nombrar un conjunto de experiencias que carecen de concepto, dando lugar a que la metáfora se sedimente en el lenguaje de tal modo que su carácter metafórico se vuelve imperceptible (por ejemplo, *pata* de mesa). Cuando una metáfora se vuelve cotidiana y se diluye en un código de comunicación que no se cuestiona, entonces puede llegar a anquilosarse y funcionar como una catacre-sis (Eco, 1976/2000).

Podemos situar históricamente esta cristalización y fosilización de la metáfora interventiva en el marco del surgimiento y la consolidación de la lógica científica como

mecanismo de control y regulación social. La intervención, en este contexto, se postula como una vía de acceso a la modernidad: se encargará de salvaguardar el pacto social y de detectar y clasificar lo "anormal" y de generar formas de disciplinamiento (Carballada, 2002).

La sedimentación de la intervención como modelo de acción dominante se inscribe entonces en la emergencia de disciplinas sociales (el derecho, la psiquiatría, la educación, la medicina) que contribuirán al establecimiento de procesos de gubernamentalidad (Rose, 1989/1999): encargándose de delimitar y hacer inteligible el terreno que será administrado y produciendo técnicas de inmersión en dicho terreno. Desde aquí los problemas serán constituidos a partir de modelos sociales, políticos y teóricos que dictarán parámetros para definir qué puede (o no) ser considerado un problema y proporcionarán guías prácticas para incidir en ellos (Montenegro, 2001).

Desde esta perspectiva, la intervención puede entenderse como una *tecnología de gobierno*: mecanismos, estrategias y procedimientos utilizados para hacer efectivo un campo de poder, orientadas a producir efectos determinados en la conducta de otros, de los intervenidos. En el contexto de las ciencias humanas y las disciplinas sociales, la intervención contribuirá a la reproducción de determinados órdenes sociales. Establecerá mecanismos de observación, registro, análisis, comparación y clasificación. Este ejercicio genera saberes que irán configurando el campo de la intervención y que darán lugar a la identidad de un sujeto profesional dueño de estos saberes y en consecuencia legitimado para intervenir.

En este contexto resulta comprensible que la lógica terapéutica y la disciplina médica hayan jugado un papel importante en la configuración de la intervención psicosocial (Carballada, 2004). Como ocurre con frecuencia, son los modelos más próximos y dominantes los que se convierten en metáforas de subsiguientes prácticas, menos definidas (Millán y Narotsky, 1986/2007).

La *intervención* como catacresis, como metáfora zombi que da sentido y organiza ciertas prácticas desde la sombra, juega un papel importante en la consolidación de la intervención como tecnología de gobierno. El uso naturalizado de la metáfora interventiva dificulta la reflexión con respecto a nuestras prácticas profesionales y la manera en que éstas contribuyen a reproducir (o desafiar) determinados órdenes sociales o formas de relación. Dificulta la generación y el ejercicio de distintas relaciones y prácticas que escapen a la lógica de acción interventiva. En suma, el uso naturalizado y generalizado reduce la posibilidad de formas en las que es posible involucrarse en procesos de acción colectiva. En este sentido, como plantea Paul Ricoeur (2000), la metáfora

viva, la generación de nuevas pertinencias y congruencias entre la predicación y la acción, es una ventana abierta a la creatividad.

La metáfora del involucramiento

In science, one can latch upon a metaphor or intuitively appealing vision (e.g., waves) and ride the vision for years, or generations, trying to unpack its implications.

Robert Hoffman (1980, p. 415)

¿Qué es, si no es *intervención*, el proceso de acción pública en que me implico? ¿Cómo puedo definir y caracterizar una línea de acción colectiva que, desde la posición y a través de las herramientas de la psicología social, participe de una lógica distinta a la interventiva?

La propuesta que aquí se hace es un *punto de llegada*, el resultado de una trayectoria particular de trabajo práctico y reflexión teórica desde donde busco resituarme en el campo en que me inserto como profesional/investigador. Esta inquietud se intercala además con un interés teórico más general que atraviesa distintos sectores de las ciencias sociales y que apunta hacia la rearticulación de las herramientas teóricas con que se construyen y abordan los problemas sociales, así como a la generación de nuevos lenguajes y narrativas que contribuyan a construir distintas prácticas y distintas formas de relación social. Pretende ser también un *punto de partida* distinto al del modelo interventivo, unas coordenadas diferentes para situar las prácticas y las relaciones que mantenemos, como investigadores y profesionales de la psicología social, en escenarios sociales concretos. Se trata, siguiendo la sugerencia de Peter Spink (2005), de "buscar diferentes maneras de hablar sobre las cuestiones actuales que pueden ser más útiles de las que tenemos" (p. 3).

Invito a pensar en el término *involucramiento* como herramienta para construir una forma alternativa de situarse y concebir el papel del investigador/profesional en el campo, de organizar la acción y de generar relaciones con otros actores sociales. ¿En qué consiste, entonces, la metáfora del *involucramiento*? ¿Cómo podemos caracterizarla y qué cartografías nos permite habitar dentro del campo de la acción social? Sin afán de agotar sus implicaciones, me propongo discutir tres aspectos generales en que la metáfora del involucramiento se alejaría de la intervención, echando mano de un conjunto de recursos teóricos y heurísticos útiles para darle un sentido conceptual. Los aspectos a los que me referiré son: a) La posición del profesional/investigador ante el problema y el campo, b) La relación entre los actores —incluyendo al profesional/investigador—, y c) La concepción de *conocimiento* y *acción* en un proceso de transformación social.

La posición del profesional/investigador en el escenario social: formar parte de un entramado

En primer término, la noción de involucramiento se aleja de la noción de intervención porque busca romper con la relación de *exterioridad* desde donde se actúa. La idea de involucrarse nos ayuda a desmarcarnos de la perspectiva externa desde donde se abordan los problemas sociales y se organiza la acción. Desde esta posición, el sujeto profesional/investigador no es un agente externo que, desde la distancia y desde fuera, decide intervenir voluntariosamente en una problemática que, en principio, le es ajena. Por el contrario, el desafío consiste en pensarse como parte de la situación-problema o del escenario social sobre el cual se quiere incidir; introducirse en un campo-tema (Spink, 2005; 2008) de forma que habitemos un espacio en un panorama más amplio del que formamos parte. Si la intervención nos remite a *interponerse* o a *tratar*, el involucramiento nos remite a *envolverse* o a *participar*. Del latín *involucrum*, involucrar refiere a comprender, abarcar, incluir (DRAE, 2010); involucrarse es introducirse, hacerse parte de.

Involucrarse, por tanto, no sólo consiste en establecer un vínculo de influencia *sobre* un campo o unos actores, sino que pasa por situarse en un entramado más amplio de relaciones, en cuestionarse sobre la posición que uno ocupa en el estado de cosas relativo al campo-tema y en los cambios que le acontecen. Nos invita a hacernos preguntas del tipo: ¿cómo he llegado a relacionarme con este campo-tema?, ¿cuáles son los factores sociales próximos o distantes que contribuyen a configurar el problema?, ¿cuál es la función que juega la psicología social en esta red? y ¿cuál es el papel de la institución que está detrás de mí?

Se trata, pues, de concebir una posición en que nos reconozcamos como circundados por una trama diversa en la que incidimos pero que nos desborda, de la que formamos parte pero que no podemos controlar en su totalidad. La idea de involucrarse en un campo-tema facilita pensar la propia experiencia como parte de una forma de acción que acontece en una red temporal en donde convergen actores heterogéneos: humanos, materiales, sociotécnicos (Haraway, 1997/2004). En una red de esta naturaleza, como se ha argumentado desde la teoría del actor-red, la agencia está distribuida y la acción es siempre producto de la colectividad (Law, 1991).

Ubicarse en este espacio hace que la distinción entre la situación-problema bien localizada que uno delimita e interviene y el mundo social más global donde esta se inscribe se vuelva difusa. De aproximarse a una entidad discreta, la perspectiva cambia a atender una red de actores que, a escala general y particular, están implicados en dicho campo-tema. Así, uno está *involucrado* en un campo-tema en tanto que uno siem-

pre está en medio, *envuelto* en una red que lo constituye. Aquello que puede parecer distante o "macro" se vuelve relevante y próximo, se sienta "lado a lado" con el curso de la acción localizada, a la manera de una cadena de actores que se vinculan entre sí. Si partimos de esta posición, el profesional/investigador participa de igual manera que el resto de los actores, aunque con instrumentos y vocaciones diferentes (Latour, 2005), en la constitución del campo social que se busca transformar.

Pensar de esta manera el espacio de acción donde una psicóloga o psicólogo social participa nos acerca también de la noción de *campo* de Kurt Lewin (1952/1997), como una totalidad de factores coexistentes concebidos como mutuamente interdependientes que son responsables de o permiten explicar la conducta y la acción. La noción lewiniana de campo también nos sugiere aproximarnos a las situaciones sociales buscando comprender las diferentes fuerzas actuando en su entorno y en un contexto más amplio, sean estas psicológicas o no (Spink, 2008). Esta idea es útil con la salvedad de que, cuando uno está involucrado, no se mira desde la perspectiva aérea con un ojo totalizante e independiente, sino a través de una mirada interior, que ocupa un lugar en el campo.

La relación entre los actores sociales: articulación

Esta interioridad del sujeto profesional/investigador y del resto de los actores involucrados no es identitaria: no se refiere a la pertenencia —de clase, género, raza— a un grupo esencialmente determinado; no es del tipo 'soy parte de la comunidad' o 'me he convertido en miembro de esta cultura'. Asumir que formamos parte de una red que conforma el escenario social no significa asumir que los actores son homogéneos.

La acción localizada en una red heterogénea participa igualmente de la diferencia y la comunidad. En el entramado del campo social, los actores se relacionan desde las diferencias: la red no los homogeniza. En el sentido de Gilles Deleuze (1968/2002), se trata de una diferencia que no está sujeta a una identidad primaria o a una ontología esencial y estática: una diferencia como una proliferación indefinida de particularidades y novedades. La lógica de *involucrarse* puede alejarnos de la confección premeditada de grupos homogéneos y bien demarcados (en identidad, intereses, necesidades, deseos, conocimientos), se aparta de la lógica en la que los distintos actores registran su acción en una clave única: las mismas necesidades de partida, los mismos horizontes de movimiento.

En contraste con la idea de intervenir (donde la acción es unívoca y está predeterminada por un plan bien definido), la lógica del involucramiento nos acerca más a la idea de establecer tensiones creativas entre las distintas partes, vínculos descentraliza-

dos y diversos entre comunidades, saberes y actores sociales que a menudo se mantienen apartados. Cuando decimos que "uno se involucra con alguien", que "nos hemos involucrado en algo", no estamos diciendo que estamos *asistiendo* a alguien o *conduciendo* algo. El término involucrar no determina de antemano la estructura de la relación o la dirección de la acción. Involucrarse nos sugiere más bien un "tener que ver con", entrar en un campo de *influencia* con respecto a algo o alguien. Involucrarse con alguien implica mantener unos vínculos significativos, pero guardando un campo de indeterminación y variabilidad de dichos vínculos.

Una forma útil de replantear la relación que se establece con otros actores en un proceso de acción colectiva, es a través de la noción de *articulación* propuesta, entre otras, por Haraway (1991/1995). La noción de articulación desafía la relación representacional en que los otros son descritos y circunscritos a una posición de objeto de intervención a través de los discursos y las prácticas de los ventrílocuos-portavoces que se constituyen como los únicos *actores* (García y Romero, 2002).

Los portadores del conocimiento científico se convierten en portavoces sustentando su posición a través de un distanciamiento objetivo, por medio de una relación de exterioridad y disyunción que se hace visible en el binomio interventor/intervenido. Para Donna Haraway, la articulación supone una posición radicalmente distinta para comprender el vínculo: el entramado de actores sociales no es el objeto que será representado por el profesional/investigador, sino que será el sujeto de la acción que define y produce sus propios términos de representación. Así,

No aparece finalmente un único actor heroico capaz de hablar por los que no tienen voz (humanos y no-humanos), sino que las entidades colectivas son responsables de todos los elementos que las constituyen y con los que establecen conexiones parciales. No hay posibilidad de afueras que garanticen supuestas independencias, sino situaciones tremendamente encarnadas y haces de relaciones entre elementos desiguales (García y Romero, 2002, p. 14)

En lugar de partir de posiciones asumidas *a priori*, la articulación permite pensar múltiples arreglos que se van constituyendo relacionamente. Estas articulaciones entre elementos diversos son *constitutivas* de, a la vez que *constituidas* por, estos elementos. La articulación puede contraponerse, así, a nociones como las de *concienciación*, *facilitación* o *animación*, que asumen posiciones predeterminadas para dirigir el sentido de la acción. En la articulación, el sujeto profesional/investigador no tiene inherentemente el rol de *catalizador*. Si bien estas posiciones y funciones pueden ser ocupadas en uno o varios momentos, la idea de articulación no anticipa y fija las posiciones y posibilidades de relación: antes bien, da espacio al juego y la movilización, a la nego-

ciación y reconfiguración de funciones en el proceso de transformación y a una distribución dinámica y multidireccional de la agencia y la acción.

La *interioridad* del sujeto profesional/investigador con respecto al campo-tema contribuye además a hacer visibles las transformaciones y los cambios que le acontecen como parte del proceso de acción. Mientras que la intervención dibuja una trayectoria donde la agencia y la acción pasan unívocamente del interventor al intervenido, *involucrarse* abre un espacio de reciprocidades y entrelazamientos que dan cabida a *las intervenciones que recaen sobre el interventor*.

En el momento en el que deja de ser claro quién interviene y quién es intervenido, dónde se establecen las fronteras entre quien actúa y quien recibe la acción, entre quien cambia y quien es cambiado, entonces la distinción interventor-intervenido (agente-paciente) deja de tener sentido, se vuelve insuficiente para dar cuenta de procesos de transformación e influencia más dinámicos y multidireccionales. Este punto de partida se aleja de la idea de unos *otros en carencia* o unos *otros vulnerables* a los que puedo ayudar a partir de una oficiosa e ilustrada injerencia, y pone en perspectiva un problema que afecta —aunque diferencialmente— a todos los actores involucrados en la trama.

Concepción de conocimiento y acción: conocimiento situado, acción inmanente

A diferencia de la intervención, donde el interventor posee un programa, una habilidad, un conocimiento que le otorga tal lugar y que conduce la acción y el cambio, el involucramiento nos aproxima a la idea de que la dirección de un cambio no está preestablecida y responde a una sucesión de intereses y fuerzas locales y temporales. Descartar un conocimiento absoluto y predeterminado para emprender y conducir la acción colectiva, nos sitúa en una posición más cercana a concebir el conocimiento como una práctica social más, sujeto a las contingencias de los encuentros. En palabras de Carballada (2008, p. 267):

Pensar la intervención desde condicionantes y no determinantes, nos lleva al terreno de lo probabilístico, donde la singularidad y la subjetividad suben a la escena ahora con papeles relevantes. La intervención en lo social es una acción básicamente Inter-Subjetiva y fuertemente discursiva. De allí que la palabra, la mirada y la escucha sigan siendo sus elementos más sobresalientes.

El control asociado a la noción de intervención, la posibilidad de manipular a discreción y predecir con certidumbre los procesos de transformación social, deja de tomarse como parámetro de referencia. La metáfora del involucramiento nos acerca más a la autonomía creativa que al protocolo detallado. De esta manera, la indeterminación presente en la noción de *involucrarse* convive mejor con la idea de que reglas simples y generales contribuyen a que haya un mayor despliegue de flexibilidad y creatividad, en contraposición a los largos manuales estandarizados que buscan prescribir detalladamente la conducta (Plsek, 1997): mientras más conceptos y criterios fijos como guías para la acción, menos espacio hay para la innovación y el cambio.

La noción de conocimiento situado (Haraway, 1991/1995) puede ayudarnos a definir este re-posicionamiento del papel del conocimiento en la acción colectiva. Esta noción sugiere que el conocimiento no se produce desde ninguna parte, desde la mirada divina, sino que tiene unas coordenadas de producción muy específicas en el mundo social, y es esta localización *terrenal* lo que le conceden una "objetividad situada" o una validez ética y política. El conocimiento obtiene así una textura doméstica, que adquiere sentido en cruces concretos de demandas y deseos. Es generado localmente y es puesto en juego en procesos locales. No aspira a la validez universal y, sin embargo, puede servir como experiencia heurística para otros proyectos que transiten por caminos similares.

El aparato conceptual de la psicología social se entiende entonces como una herramienta útil pero no omnisciente, y como una modalidad más (entre otras no científicas) de la capacidad colectiva de generar conocimiento a través de prácticas e interacciones sociales. Este conocimiento producido y aplicado en escenarios sociales, no es esencialmente diferente del resto de conocimientos puestos en práctica por otros actores en un proceso de relación y transformación social. Al igual que el resto, el conocimiento psicosocial se contamina, muta, se mezcla y se reorganiza a la luz de los contactos con otros saberes y otras prácticas sociales.

Este punto de mira permite rescatar la sensibilidad etnometodológica para reconocer a los actores sociales como miembros competentes de una comunidad, participantes en la realización práctica de los escenarios sociales que habitan, poseedores de un conjunto de saberes cotidianos con los que activamente sostienen y transforman arreglos sociales, y no en términos "idiotas culturales" como a menudo se les aborda a través de las ciencias sociales tradicionales (Coulon, 1987; Garfinkel, 1968/2006).

Así, ante proposiciones del tipo "una intención primaria de investigación-acción es producir conocimiento práctico que es útil para las personas en la conducta diaria de sus vidas" (Reason y Bradbury, 2001, p. 2), Peter Spink (2005) advierte que las perso-

nas no necesitan ayuda para construir conocimiento práctico puesto que ya de por sí lo hacen. Argumenta además que la narrativa dominante en las ciencias sociales es que, aunque a través de prácticas "más democráticas", la ciencia conserva indiscutiblemente un lugar epistemológicamente superior con respecto a sus sujetos. Al respecto de esta relación jerárquica el autor señala que:

El problema es cuando las reglas y verdades que creamos en la intersubjetividad conversacional para intentar mejorar nuestra vida colectiva, se encuentran subordinadas al reinado despótico de tiranos metodológicos que se esconden detrás de un estado disciplinar, en el nombre de la gran verdad. (Spink, 2005, p. 2).

No se trata, entonces, de que los conocimientos en psicología social funcionen para *concienciar, formar, corregir o evaluar* a una colectividad o para *catalizar* cambios que de otra manera no podrían suceder, sino de que participen en la generación alianzas y tensiones creativas que permitan articular distintas posiciones de sujeto, conocimientos, habilidades, deseos. En el tono de *involucrarse* como una forma de inmersión o de interioridad, la idea del sujeto profesional/investigador que *atiende o asiste* a un sujeto-en-carencia implícita en la intervención, deja lugar a la posibilidad de concebir la acción como colectiva y auto-constitutiva o auto-transformadora, una acción que encuentra su fundamento en sus condiciones locales de producción.

Podríamos hablar así de una suerte de *acción inmanente*, en el sentido de que no se buscan establecer fundamentos últimos y exteriores a la acción (conocimiento psicosocial) o unos principios trascendentales a los que la acción obedezca (dinámica de grupos), sino que los principios que rigen y vehiculizan la acción, en cada ocasión, son inherentes a la producción de la acción misma. Cada acción particular contiene dentro de sí sus principios de operación, sus fines y sus fuerzas (que no son ni exteriores ni anteriores). La lógica de acción de un proyecto en particular estará determinada por relaciones, intereses, habilidades, recursos y condiciones de posibilidad particulares: condiciones que se explicitan en la acción al tiempo que la constituyen.

Para concluir esta caracterización, hay que hacer notar que estas coordenadas teóricas en torno a la metáfora del involucramiento pretenden ser herramientas conceptuales heurísticas que nos ayuden a redefinir y transformar las prácticas que, desde la psicología social, buscan implicarse en proyectos concretos de acción colectiva. Dichas coordenadas no pretenden ser un mapa bien definido ni un modelo sucedáneo, sino una reflexión que pueda conectarse con otras experiencias que busquen reinventar o resituar el papel de la psicóloga y el psicólogo social en contexto de la acción pública.

Comentarios finales

En este artículo he buscado dar cuenta de una reflexión, producto de una particular trayectoria en el contexto de la acción colectiva, que busca reconfigurar relaciones en el hacer cotidiano y en el ejercicio de la disciplina social en que participo. La intención ha sido contribuir a la tarea más general de discutir y transformar la relación entre la psicología social y los contextos donde actúa.

He buscado, por un lado, discutir las implicaciones teóricas y metodológicas de la metáfora de la *intervención* psicosocial y, por el otro, sugerir la metáfora del *involucramiento* como un tropo alternativo que se aleje de las implicaciones interventivas y nos ayuda a imaginar y organizar prácticas de acción colectiva desde una posición distinta. En particular, he buscado argumentar que la metáfora del involucramiento (al menos en la forma en que ha sido esbozada aquí) nos sugiere una idea de la acción más cercana a la *artesanía* de la transformación social, y menos vinculada con la *ingeniería* del cambio próxima a los sentidos que pueblan la noción más dominante de la intervención.

Aquí se vuelve pertinente advertir algunas tensiones que este ejercicio hace emerger. En primer lugar, hay que señalar que esta reflexión no pretende hacer una condena definitiva de las prácticas interventivas. Por un lado, no todas las prácticas que se llaman a sí mismas *intervención* participan de una lógica donde el saber experto y la agencia se concentran exclusivamente en el interventor o donde el control unidireccional ha sido la modalidad de acción predominante. Por tanto, no es posible generalizar ni reducir a una sola representación este campo de acción. Es necesario un análisis más complejo para comprender con mayor profundidad en dónde se encuentra, cómo opera y cuáles son las consecuencias de la lógica interventiva.

Igualmente, hay que hacer notar que muchas prácticas terapéuticas de tipo interventivo son útiles y pertinentes en determinados contextos. La aplicación controlada de conocimiento —por ejemplo, en la relación médico-paciente— es mayoritariamente un acuerdo común y efectivo donde ambas partes comparten objetivos y métodos. Esta cuestión deja ver una discusión aún pendiente sobre la operación de una diversidad de prácticas disciplinarias y valor social en el marco de los contextos locales y a partir de relaciones concretas.

En segundo lugar, sabemos que las metáforas plantean límites al mismo tiempo que posibilidades. Por tanto, es necesario preguntarse por los riesgos y las sombras que acompañan a la propia noción de involucramiento, particularmente atendiendo a su traducción y significado en distintos contextos. Además, hay que hacer notar que la permuta metafórica no desaparece de una vez el tema del poder y el control en el con-

texto de las prácticas disciplinarias en las ciencias sociales. No implica tampoco que el plano de las prácticas lingüísticas pueda por sí solo transformar dinámicas muy sedimentadas y garantizar una distribución más justa y equitativa de la agencia en los proyectos de acción.

Sin duda, el tema del poder y en control en la relación entre los sujetos investigadores/profesionales de las ciencias sociales y otros actores debe ser objeto de constante reflexión a través de distintas vías: los propios proyectos prácticos serán sin duda un espacio definitorio en esta tarea. En cualquier caso, la propuesta metafórica puede ser un recurso útil que permita desembarazarse de preconceptos anquilosados y emprender una comprensión de la acción cotidiana con nuevas posibilidades.

En consonancia con una ética transformadora (Braidotti, 2006) se ha buscado, por un lado, pasar a revisión la tradición en lo que respecta a la concepción de la acción social, buscando dar espacio a aspiraciones o condiciones con más probabilidad de apartarnos de la repetición inerte de los hábitos de pensamiento y autorrepresentación establecidos. En el plano más propositivo o afirmativo, se ha buscado contribuir, dentro de los límites de la discusión sobre la acción colectiva y las prácticas profesionales, a cultivar el deseo político de cambio y (auto)transformación, la voluntad y el anhelo activos de que se produzcan cambios positivos y creativos en las prácticas de la psicología social.

Referencias

- Ander-Egg, Ezequiel (2006). *Metodologías de acción social*. Jaén: Universidad de Jaén.
- Baake, Ken (2003). *Metaphor and knowledge: The challenges of writing science*. New York: State University of New York Press.
- Blanco, Amalio y Valera Sergi. (2008). Los fundamentos de la intervención psicosocial. En Amalio Blanco y Jesús Rodríguez (Coords.), *Intervención Psicosocial* (pp. 3-43). Madrid: Pearson/Prentice Hall.
- Braidotti, Rosi (2006). *Transposiciones: Sobre la ética nómada*. Barcelona: Gedisa.
- Carballeda, Alfredo (2002). *La Intervención en Lo Social*. Buenos Aires: Paidós.
- Carballeda, Alfredo (2004). *Del desorden de los cuerpos al orden de la sociedad*. Buenos Aires: Espacio.
- Carballeda, Alfredo (2008). Problemáticas sociales complejas y políticas públicas. *Revista en Ciencias Sociales*, 1, 261-272.
- Castoriadis, Cornelius (1983). *La institución imaginaria de la sociedad, Vol.1, Marxismo y teoría revolucionaria*. Barcelona: Tusquets Editores.
- Cook, Bill y Kothari, Uma (Eds.) (2001). *Participation: The new tyranny?* New York: Zed Books.
- Coulon, Alain (1987). *La Etnometodología*. Madrid: Cátedra.

- Deleuze, Gilles (1968/2002). *Diferencia y repetición*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Dubost, Jean (1987). *L'intervention psychosociologique*. Paris: PUF.
- Eco, Umberto (1976/2000). *Tratado de semiótica general*. Barcelona: Lumen.
- Escobar, Arturo (1992). Culture, economics, and politics in Latin American social movements theory and research. En Arturo Escobar y Sonia Alvarez (Eds.), *The Making of Social Movements in Latin America* (pp. 62–85). Boulder: Westview Press.
- Fernández Christlieb, Pablo (2001). La estructura mítica del pensamiento social. *Athena Digital*, 0, 11-30. Disponible en <http://atheneadigital.net/article/view/2/2>
- Foucault, Michel (1979/1991). *Saber y verdad*. Madrid: La Piqueta.
- García Dauder, Silvia y Romero, Carmen (2002). Rompiendo viejos dualismos: De las (im)posibilidades de la articulación. *Athena Digital*, 2. Disponible en: <http://atheneadigital.net/article/view/51/51>
- Garfinkel, Harold (1968/2006). *Estudios en Etnometodología*. Rubí (Barcelona): Anthropos.
- Gutiérrez, Isabel; Sorribas, Montse y Gil, Montse (2005). *Metodología de la Intervención Social*. Barcelona: Altamar.
- Haraway, Donna (1991/1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.
- Haraway, Donna (1997/2004). *Testigo Modesto@ Segundo Milenio. HombreHembra@_Conoce_Oncorratón@: Feminismo y tecnociencia*. Barcelona: UOC.
- Hoffman, Robert R. (1980) Metaphor in science. En Richard P. Honeck y Robert R. Hoffman (Eds.), *Cognition and figurative language* (pp. 393-423). New Jersey: Lawrence Erlbaum Associates.
- Ibáñez, Tomás (1996). *Fluctuaciones conceptuales en torno a la postmodernidad*. Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- Ibáñez, Tomás (2003). El giro lingüístico. En Lupicinio Íñiguez (Ed.), *Análisis del Discurso. Manual para las Ciencias Sociales* (pp. 23-45). Barcelona: UOC.
- Intervención (2001). En *Diccionario de la Real Academia Española. Diccionario de la lengua española*. (22 edición.) (2 vols). Madrid: Espasa.
- Involucrar (2001). En *Diccionario de la Real Academia Española. Diccionario de la lengua española*. (22 edición.) (2 vols). Madrid: Espasa.
- Johnson, Katherine & Martínez-Guzmán, Antar (2013). Rethinking concepts in Participatory Action Research and their potential for social transformation: Post-structuralist informed methodological reflections from LGBT and Trans-Collective projects. *Journal of Community & Applied Social Psychology*, 23 (5), 1-15. <http://dx.doi.org/10.1002/casp.2134>
- Kövecses, Zoltán (2002). *Metaphor: A practical introduction*. New York: Oxford University Press.
- Lakoff, George y Johnson, Mark (1986/2007). *Metáforas de la vida cotidiana*. Madrid: Cátedra.

- Latour, Bruno (2005). *Reensamblar lo social: Una introducción a la teoría del actor-red*. Buenos Aires: Manantial.
- Law, John (1995). *A sociology of monsters*. London: Routledge.
- Lewin, Kurt (1952/1997). *Resolving Social Conflicts and Field Theory in Social Science*. Washington, DC: American Psychological Association (APA).
- Lizcano, Emmanuel (2006). *Metáforas que nos piensas. Sobre ciencia, democracia y otras poderosas ficciones*. Madrid: Ediciones Bajo Cero/Traficantes de Sueños.
- Maasen, Sabine y Weingart, Peter (2000). *Metaphors and the dynamics of knowledge*. London: Routledge.
- Maffesoli, Michel (1997). *Elogio de la razón sensible*. Barcelona: Paidós.
- Martínez-Guzmán, Antar y Montenegro, Marisela (2010). Narrativas en torno al Trastorno de Identidad Sexual: De la multiplicidad transgénero a la producción de trans-conocimientos. *Prisma Social: Revista de ciencias sociales*, 4, 1-44.
- Millán, José Antonio y Narotsky, Susana (1986/2007). Introducción a Metáforas de la vida cotidiana. En George Lakoff y Mark Johnson. *Metáforas de la vida cotidiana* (pp 9-25). Madrid: Cátedra.
- Montenegro, Marisela (2001). *Conocimientos, agentes y articulaciones: Una mirada situada a la Intervención Social*. Tesis de Doctorado. Universidad Autónoma de Barcelona. Disponible en <http://www.tdx.cat/handle/10803/5410>
- Müller, Cornelia (2008). *Metaphors dead and alive, sleeping and waking: A dynamic view*. Chicago: University of Chicago Press.
- Nietzsche, Friedrich (1990). *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*. Madrid: Tecnos.
- Parker, Ian (2005). *Qualitative Psychology: Introducing radical research*. Buckingham: Open University Press.
- Plsek, Paul (1997). *Creativity, innovation and quality*. Milwaukee: ASQ Quality press.
- Preta, Lorena (Ed.) (1993). *Imágenes y metáforas de la ciencia*. Madrid: Alianza.
- Reason, Peter y Bradbury, Hilary (2001). *Handbook of action research*. London: Sage.
- Ricoeur, Paul (2000). Narratividad, fenomenología y hermenéutica. *Anàlisi*, 25, 189-207.
- Rodríguez, Jesús; Cañadas, Isabel; García, José y Mira, José (2007). El diseño de un programa de intervención. En Amalio Blanco y Jesús Rodríguez (Eds.), *Intervención Psicosocial* (pp. 47-73). Madrid: Pearson/Prentice Hall.
- Rorty, Richard (1998). *El giro lingüístico*. Barcelona: Paidós / ICE-UAB.
- Rose, Nikolas (1989/1999). *Governing the Soul* (2 ed.). London: Free Associations.
- Rose, Nikolas (1996/1999). *Inventing Ourselves: Psychology, Power, and Personhood*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Sánchez, Alipio (2002). *Psicología Social Aplicada: Teoría, método y práctica*. Madrid: Pearson/Prentice Hall.
- Sánchez, Alipio (2007). *Manual de Psicología Comunitaria: Un enfoque integrado*. Madrid: Pirámide.
- Seidman, Edward (1983). *Handbook of social intervention*. Beverly Hills: Sage.

- Spink, Peter (2005). Replantando la investigación de campo: relatos y lugares. *Athenea Digital*, 8. Disponible en <http://atheneadigital.net/article/view/239/239>
- Spink, Peter (2008). O pesquisador conversador no cotidiano. *Psicologia e sociedade*, 20(1), 70-77. <http://dx.doi.org/10.1590/S0102-71822008000400010>
- Tietze, Suzanne; Cohen, Laurie y Musson, Gillian, (2003). *Understanding organisations through Language*. London: Sage.
- Tranströmer, Tomas (2010). *El cielo a medio hacer*. Madrid: Nórdica.



Este texto está protegido por una licencia [Creative Commons 4.0](#).

Usted es libre para Compartir —copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato— y Adaptar el documento —remezclar, transformar y crear a partir del material— para cualquier propósito, incluso comercialmente, siempre que cumpla la condición de:

Atribución: Usted debe reconocer el crédito de una obra de manera adecuada, proporcionar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios . Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que tiene el apoyo del licenciante o lo recibe por el uso que hace.

[Resumen de licencia](#) - [Texto completo de la licencia](#)